

España: modo de empleo

Historiadores como José Álvarez Junco, Anthony Pagden o Alicia Mayer analizan en un libro colectivo la construcción de la llamada leyenda negra

Por M. Á. Bastenier

HISTORIA. IMPORTANTE LIBRO COLECTIVO SOBRE la existencia y vigencia de la llamada leyenda negra contra España por su conquista, colonización y, dicese, exterminio de los pueblos autóctonos, así como por su *modo imperial* en la Europa de los siglos XVI y XVII. Los responsables de cada capítulo, junto a los propios editores, componen un estado de la cuestión que se resume en preguntar si ha habido leyenda negra, es decir, una actitud sistemática de presentación extremadamente negativa de la España de la época; y a qué se debía esa ofensiva general contra lo que se conocía como Monarquía Hispánica.

Hubo una acción simultánea del resto de Europa occidental y posteriormente de Estados Unidos contra un poder español que aspiraba a la monarquía universal, todo ello sustentado por la ocupación del universo americano. Calificarlo o no de leyenda negra queda bastante a gusto del lector, pero movimiento concertado si diríamos que lo hubo, basado en dos grandes pilares: la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de Bartolomé de Las Casas, sobre América, y la *Apología del príncipe d'Orange*, al que siglos más tarde se unirían la *Historia de las dos Indias*, del francés Raynal, sostenido por Diderot, y de forma más pedestre por Masson de Morvilliers, el que ponía a España en la *Enciclopedia* a caer de un burro.

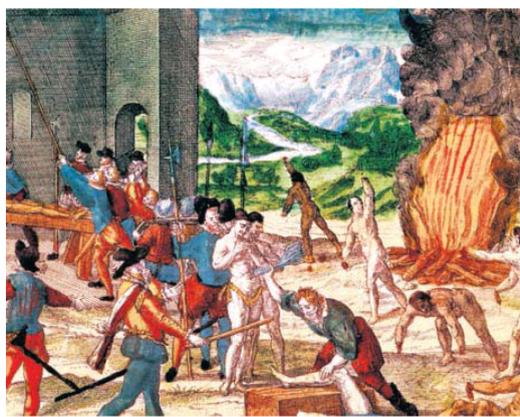
¿De verdad era tan negra? Parece difícil, dado el volumen de los improperios, que esa España respondería plenamente a la realidad, y está probado que la catástrofe demográfica que siguió al desembarco español en América la causaron las enfermedades que portaban los conquistadores contra las que el indígena carecía de defensas. Hay, sin embargo, coincidencia de autores en que lo que hubiera de leyenda estaba motivada por la necesidad de oponerse al asfixiante poderío de los Austrias. Y aún más importante, que los españoles, para defenderse o reformarse, llegaron a interiorizar las acusaciones de la le-

yenda hasta el punto de modificar su conducta.

De tan rica lectura cabe extraer ciertas conclusiones, aunque no necesariamente explícitas en el texto. Georges Perec escribió una prenovela, que tituló *La vie mode d'emploi*, y, muy a su pesar, la Monarquía Hispánica cumplió una función reguladora y constructora del mundo a la que se le puede aplicar parecido planteamiento.

Los holandeses se convirtieron en nación, según declaraciones de los propios interesados, en su lucha secular (1568-1648) contra España, y el vituperio de todo lo hispánico era peldaño obligado para la formación nacional del calvinismo militante; a los franceses de Richelieu (XVII), el cerco de posesiones españolas en sus lindes orientales estimuló el pensamiento de

las *fronteras naturales* —la línea azul de los Vosgos—, allí donde debía señorear París para que Madrid no les acogotara; Inglaterra, desde que rompió con Roma en 1534, necesitaba un enemigo poderoso para irse formando como gran potencia excéntrica a Europa, como hoy puede verse con el reciente referéndum para abandonar la UE, y ¿quién mejor para ocupar esa posición que la católica España que, además, le llevaba 100 años de delantera en la aventura americana?; para Italia, inventora del Renacimiento, era bochornoso que una España que hablaba tan mal el latín le pasara en todo la mano por la cara; y en el XVIII los recién inaugurados EE UU debían abominar del papismo al sur de las Treces Colonias, para hacer realidad la luz “de la ciudad sobre la colina”. El imperio, como vemos, servía por el solo hecho de existir a todos sus rivales como instrumento indispensable de forja nacional. Y esa sí que es toda una leyenda del color que el lector prefiera. •



Cuadro que ilustra a los hombres del conquistador Hernando de Soto torturando indígenas.

Poesía anticrisis

Por Luis Bagué Quílez

POESÍA. DESPUÉS DE REUNIR su poesía casi completa en *Hecho en falta*, Juan Bonilla regresa con un libro donde se registra una crisis social y personal. En *Poemas pequeñoburgueses* se dan cita la convulsión del tiempo histórico y el espejismo de un tiempo psíquico que propugna que los 50 son los nuevos 40: “Cincuenta años, Juan Bonilla. / Mi más sentido pégame. / Mi felicitación más fervorosa”. Desde la perspectiva de un pequeñoburgués en rebeldía, Bonilla canta a la heroicidad diaria de un sujeto cualquiera, ensalza los superpoderes de la ficción, hace rimar la bibliofilia con otras parafilias y destila fórmulas con textura de aforismo: “Todos somos iguales en el hecho de ser únicos”. Esta variedad de tonos es solidaria con un pandemion intertextual en el que se juntan la musa “gitana y parisien” de Manuel Machado, la blasfemia a costa de JRF (“Oh, Insolencia, tú sí que sabes / el nombre exacto de las cosas”) o el eslogan calcaído sobre la falsilla de “Elegido por aclamación”, de Ángel González: “¡A las almas, ciudadanos!”. Más allá del ingenio luminoso de algunas composiciones, el autor también se sumerge en las sombras de la autobiografía: un buen ejemplo es “El día de regalo”, un ajuste de cuentas con la figura del padre, en cuyos versos se condensan la memoria colectiva de un país y la novela familiar del escritor. Estos *Poemas pequeñoburgueses* ofrecen un menú anticrisis y demuestran que la conciencia de clase es una clase de conciencia: la de quienes no han oído hablar de la *aurora mediocritas*, pero se pasan la vida “buscando la felicidad pequeña, / el instante dichoso, / el simple y milagroso / que bien estar aquí y / tener lo suficiente”. •



Poemas pequeñoburgueses
Juan Bonilla
Sevilla
Renacimiento, 2016
79 páginas
15 euros

Frescura, crudeza y verdad

Intuitivo y lleno de humor, *Diario del anciano averiado* es una nueva entrega de las anotaciones de Salvador Pániker

Por Jordi Gracia

DIARIOS. NO ES FÁCIL explicarse por qué, pero la sobredosis de yo casi delictiva de Salvador Pániker no dificulta en absoluto (o solo muy poco) la lectura de sus diarios, ni de este ni de los anteriores, al menos desde *Cuaderno amarillo* (los dos siguientes han sido reeditados ahora también, *Variaciones 95* y *Diario de otoño*). Algunos apreciamos muy singularmente los dos tomos anteriores, descarados y veraces, de sus memorias, *Primer testamento* y *Segunda memoria*, porque miraron sin complejos al pasado más turbio y mitificado y hablaba desde la cuna de la buena familia sobre la negrura franquista sin disimulos y sin autoengaños. Pániker no fue nuestro Pániker al menos hasta las vísperas de la fundación de una editorial tan vivaz y fresca como Kairós, en 1969.

Entre sus virtudes de autobiógrafo —nada a medias de su egocentrismo y de la riqueza de fuentes de su intimidad intelectual y científica— está la desacomplejada asunción de la naturaleza entreverada y a menudo chocante de la experiencia ética, emocional, política, erótica o literaria. Es verdad que a veces hay que zamparse subidones interestelares —“el ser es todavía un velo que debe quitarse si se quiere vislumbrar el abismo de lo divino”— y a ratos también transigrir (o saltarse) entradas enciclopédicas flagrantemente fuera de lugar. Pero algunas son estupendas, como la que dedica a Wittgenstein, como lo son las meditaciones recelosas sobre el monumental lio vital de su hermano Raimundo, sacerdote católico ex del Opus Dei que oficia y a la vez oculta a su mujer y a su hijo, o el arrebato casi aforístico para captar a algunos escritores, como a Félix

de Azúa y su “nihilismo de la queja, una especie de sentimiento de decepción ontológica, como si fuésemos las víctimas de un contrato no cumplido”. No sé si es verdad, pero es tentadoramente aprovechable. Las notas pertenecen al período 2000-2004.

El lastre en todo caso no hunde la nave porque la observación veraz, intuitiva e inteligente ofrece los aditivos aditivos del humor, la intriga, la revelación y hasta la cominería para hacer fresquísima muchas de las páginas, a veces provocativamente delator de debilidades próximas a apellidos de grandísimo ringorango. Nadie negará frescura ni transparencia a la voz tostada de Pániker, ni un sentido del humor de gama dulzona y casi nunca pro-

caz, incluida la libertad de admirar a gentes tan dispares como Umbral y Carmen Posadas, encontrándoles sus respectivas gracias, mientras disfruta sin tasa del carrusel de casas espantosamente lujosas en los veranos de la alta burguesía catalana.

Pero del carrusel vuelve siempre porque es sobre todo un viajero inmóvil atado al papel y a la constancia inspectora de la vejez y de sus resistencias, a las pastillas y los estimulantes, a la química y a la física feliz de relaciones eróticas impensadas y muy bien contadas, a veces simultáneas, a veces sucesivas. ¿Importa algo todo esto? La pregunta es idiota: importa si la voz que cuenta lo hace desde la consistencia de una madurez expresiva y emocional apta para recrear con verdad y belleza (incluso con verdad y crudeza) la experiencia de la decrepitud cuando todavía no es abismal ni paralizante, sino una compañera estable y pesada, levemente cargante y a la vez incapaz de detener la fiesta de un hombre fundamentalmente feliz, equilibrado y hedonista, escéptico y creyente, vital y sosegado: “He aquí un punto interesante. Ha disminuido mi antigua sensación de ser un impostor. Hay ya poca fisura entre lo que digo, lo que hago, lo que pienso y lo que siento”. Lleva índice de nombres. •



Diario del anciano averiado
Salvador Pániker
Literatura Random House
Barcelona, 2016
436 páginas
19,90 euros